

NUEVA EDICIÓN ACTUALIZADA

# Tomás Bárbulo

# La historia prohibida del Sáhara Español

Las claves  
del conflicto  
que condiciona  
las relaciones  
entre España  
y el Magreb



**PENÍNSULA**

Tomás Bárbulo

# La historia prohibida del Sáhara Español

Las claves del conflicto que condiciona  
las relaciones entre España y el Magreb

© Tomás Bárbulo Marcos, 2002, 2021

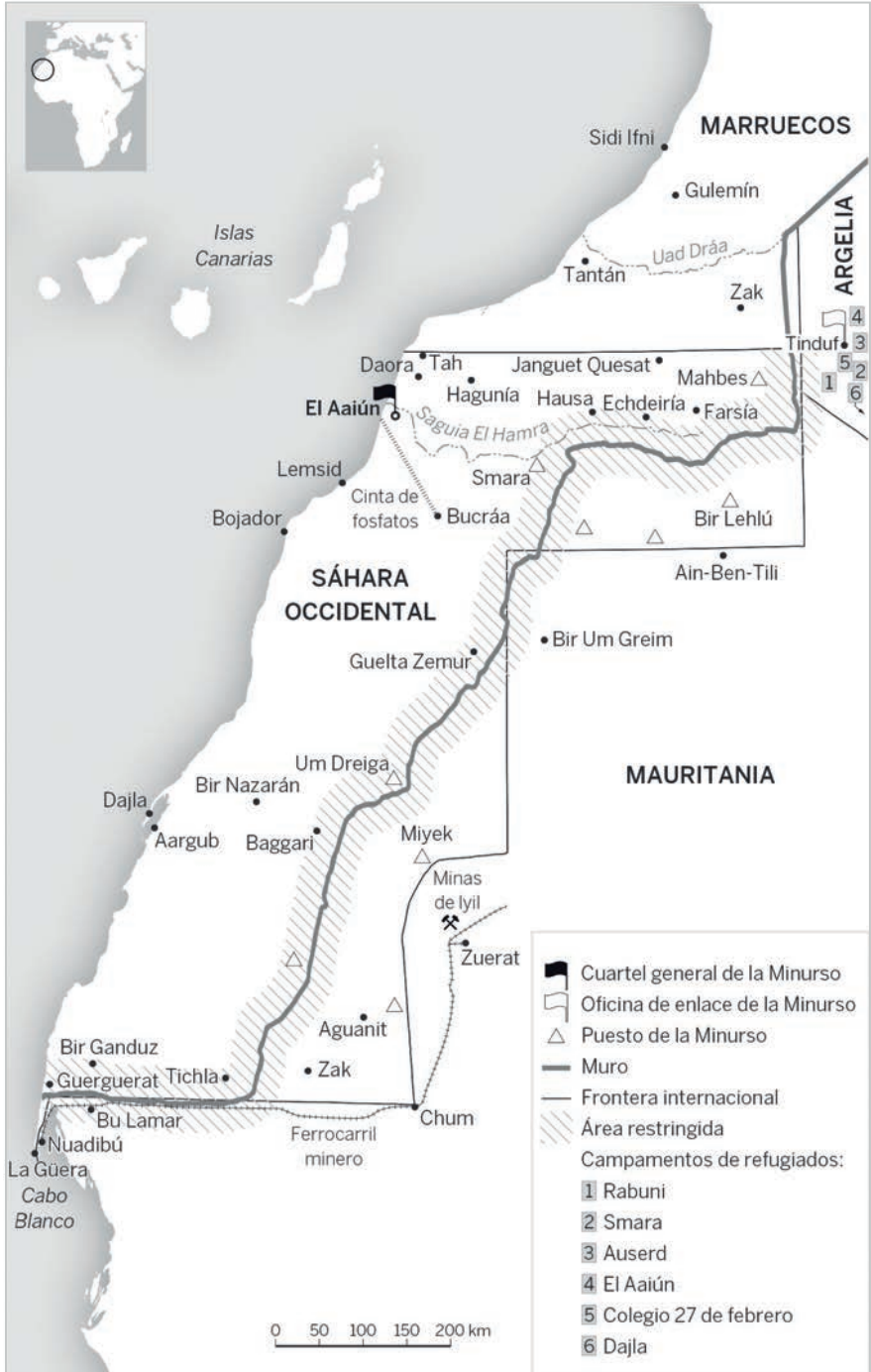
Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición en Península: marzo de 2017

Primera edición en esta presentación: abril de 2021

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2021  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

PAPYRO - fotocomposición  
DEPÓSITO LEGAL: B. 3.902-2021  
ISBN: 978-84-9942-987-8



## ÍNDICE

Nota .....	15
Una guerra nuestra .....	17
La resistencia.....	25
A la sombra de Marruecos.....	33
La «terrazza» de Franco.....	41
Un país de diseño .....	45
Un negocio ruinoso .....	52
Esclavos y corrupción .....	57
Putas y contrabandistas .....	63
Batallón de castigo .....	71
Se busca a Basiri .....	79
El nuevo «mahdi» .....	83
Seis hombres conjurados .....	85
Bajo sospecha .....	89
El poder de una casete.....	91
Fuego a discreción.....	97
Pistas falsas .....	102
16 hombres y 5 fusiles rotos .....	109
La aparición de El Uali.....	112
Encuentro en Mauritania .....	115

El nacimiento del Polisario .....	118
Plan de ataque.....	120
El primer tiro .....	126
Partes de guerra .....	132
La hora de la sangre .....	137
La madrina Mauritania.....	141
El padrino Gadafi.....	144
Guerra abierta .....	149
Arden los fosfatos .....	151
La rebelión de los cipayos .....	156
En las cuevas del Polisario .....	163
Fisuras en el Polisario.....	169
Una nariz y una oreja .....	175
Hispanófonos contra francófonos .....	178
Fronteras movedizas .....	182
El país Erguibat.....	184
Un sobre amarillo .....	186
El experimento Ijalihenna .....	191
Bombas en El Aaiún .....	203
Un ejército en la frontera.....	206
La leyenda de Ben Hamu.....	209
La invención del FLU .....	213
Terroristas en El Aaiún.....	219
Enfrentamientos en las FAR .....	224
El <i>lobby</i> marroquí.....	227
Misérias del gran juego.....	231
Hassan II amenaza a Franco.....	235
España anuncia un referéndum .....	240
Operación Censo .....	243
Hassan II gana tiempo .....	247
El papel de Kissinger .....	250

Historia negra de la Marcha Verde .....	257
Dos «andaluces» en Marrakech .....	260
La hora de la traición .....	265
Un hombre llamado Jatri .....	270
Pulso en el paralelo 27º 40' .....	276
Carro va al colegio en Agadir .....	278
Contrato de venta .....	282
 El éxodo .....	 289
Las FAR entran en las ciudades .....	292
La huida .....	301
La matanza .....	306
 El ejército se pasa al Polisario .....	 315
El honor del capitán Vidal .....	321
Historia de un desertor .....	325
La llegada de los marroquíes .....	334
Los últimos de El Aaiún .....	337
El trámite final .....	339
 Qué fue de quién .....	 345
 Cronología .....	 349
 Glosario .....	 355
 Fuentes documentales .....	 359
 Bibliografía .....	 361
 Agradecimientos .....	 365
 Créditos de las ilustraciones .....	 367
 Índice onomástico .....	 369

## UNA GUERRA NUESTRA

Escribo estas líneas pendiente del estruendo de los cañones en el Sáhara Occidental. La antigua provincia española, que el último Gobierno de Franco y el primero de Juan Carlos I abandonaron a su suerte en 1976, padece su periódico tributo de cadáveres. Marruecos la considera parte de sus «provincias del sur», el independentista Frente Polisario la califica como «zonas ocupadas» y la ONU la define como «territorio en vías de descolonización».

Los combates se libran frente al muro de 2.700 kilómetros, erizado de cañones, rodeado de siete millones de minas y defendido por cien mil soldados, que levantó Marruecos para proteger la parte del Sáhara que ocupa ilegalmente. Lo sobrevolé en febrero de 2006 en un helicóptero de Naciones Unidas y lo crucé a pie con un convoy de esa organización. Visto desde el aire es como la huella de un gusano enorme que cada cinco kilómetros se abre en un círculo donde se ocultan carros de combate e imponentes piezas de artillería.

Muchos de los saharauis que se hallan en la primera línea de fuego frente a esa barrera tienen nacionalidad española y son hijos y nietos de españoles. Y miles de ellos son los niños que hasta el surgimiento de la pandemia del covid-19 han venido siendo acogidos todos los



veranos por familias españolas dentro del programa Vacaciones en Paz. Las redes sociales están llenas de mensajes de sus segundos padres y hermanos; en ellos aparecen fotografías y vídeos de los ahora combatientes jugando en la orilla del mar recién descubierto. Las filas del ejército saharauí se nutren de estos jóvenes y de muchos hombres que habían construido sus vidas en países como el nuestro o como Francia, Mauritania o Argelia y que, ante el estallido de la guerra, lo han abandonado todo para alistarse.

Hace años acudí al austero alojamiento de la localidad madrileña de Getafe donde vivía el actual secretario general del Frente Polisario, Brahim Gali. Entonces llevaba rasurado el rostro de pómulos marcados y expresión grave. Mientras compartíamos un plato de carne asada sentados en la moqueta y hablábamos sobre la situación en los campamentos de refugiados de Tinduf, me confió:

—Cualquier situación, por mala que sea, nunca será peor que la guerra.

Gali sabía de lo que hablaba, pues había sido ministro de Defensa de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD)<sup>1</sup> durante los años más duros del primer conflicto bélico que enfrentó a los saharauis con Marruecos. Un alto el fuego auspiciado por Naciones Unidas puso fin en 1991 a aquella sangría que había comenzado en 1975. Paradójicamente, ha sido el mismo Brahim Gali quien, diecinueve años después, se ha visto obligado a reanudar la guerra. La responsabilidad de España en esta matanza es ineludible, y las páginas de este libro dan testimonio de ello.

1. La RASD fue proclamada por el Frente Polisario en 1976 y es reconocida por 82 Estados.

Los españoles no podemos permanecer ajenos a la nueva tragedia que se desarrolla en el desierto. No se trata solo de una deuda histórica: el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas dictaminó en 2002 que los Acuerdos de Madrid, firmados en 1975 entre España, Marruecos y Mauritania, por los que estos dos últimos países se repartieron el territorio, «no transfirieron la soberanía del Sáhara Occidental ni otorgaron a ninguno de los firmantes el estatus de potencia administradora, estatus que España no puede transferir unilateralmente». Es decir, que la administración del territorio sigue legalmente en manos del gobierno español, aunque este no pueda ejercerla. Esta realidad da pie a situaciones insólitas. Un solo ejemplo: la responsabilidad del salvamento marítimo en las costas del Sáhara, donde durante las dos últimas décadas se han ahogado cientos de inmigrantes clandestinos, aún corresponde a España, según la Organización Marítima Internacional; sin embargo, son los barcos de Marruecos los que patrullan aquellas aguas.

Urgidos por la necesidad de mantener unas buenas relaciones con Marruecos, los sucesivos gobiernos democráticos españoles —con la excepción parcial de los de José María Aznar— han vuelto la espalda una y otra vez a sus compromisos históricos en el Sáhara. En noviembre de 1976, Felipe González acudió a los campamentos de refugiados de Tinduf y, puño en alto, proclamó: «¡Nuestro partido estará con vosotros hasta la campaña final!»; hoy es uno de los lobistas más conocidos de Rabat. En 2004, poco después de llegar a La Moncloa, José Luis Rodríguez Zapatero declaró que esperaba ver resuelto el problema del Sáhara «en seis meses»; hoy defiende con fervor las tesis de Marruecos. En 2001, durante una comida celebrada en la sede del Ministerio del

Interior, que el futuro presidente entonces dirigía, Mariano Rajoy me dijo, tajante: «Lo del Sáhara no tiene solución». Y el actual presidente, Pedro Sánchez, ni siquiera se ha referido al asunto hasta ahora.

La responsabilidad de España no es solo histórica. También es política por razones estratégicas, ya que las islas Canarias, parte de cuyas aguas territoriales asimismo reivindica Rabat, se encuentran a solo un centenar de kilómetros de las costas del Sáhara. Es difícil aceptar que la única fuente de información sobre lo que está sucediendo en el campo de batalla sean las redes sociales.

Conocí Guerguerat en marzo de 2006. Llegué al lugar en el que se ha desencadenado el conflicto como enviado especial del diario *El País*, en busca de ochenta inmigrantes subsaharianos a los cuales las autoridades marroquíes habían expulsado a través del muro. Es una franja de desierto de unos cinco kilómetros de ancho, situada al suroeste del Sáhara Occidental, entre el muro marroquí y la frontera mauritana. Los habitantes de la ciudad de Nua-dibú, unos sesenta kilómetros al sur, la llamaban irónicamente Kandahar porque, como la ciudad afgana, carecía de agua, gasolina o alimentos. Aquel terreno pedregoso, quemado por el sol y limado por el viento, estaba sembrado de basura y vehículos desguazados. Entre ellos se movían, aquí y allá, como fantasmas, algunos hombres solitarios. Eran los guardianes de un negocio floreciente: por la pista de tierra que atravesaba aquellos cinco kilómetros bajaban hacia el África subsahariana cientos de coches de lujo robados en Europa y decenas de camiones cargados de hortalizas y de hachís cultivado en el Rif, y subían hacia Europa toneladas de pescado, de cocaína, de tabaco de contrabando y decenas de inmigrantes explotados por las mafias. Nada de eso ha cambiado, excepto que la pista es ahora una carretera de asfalto.

El paso permanecía habilitado de manera informal desde 2001. Las autoridades marroquíes habían abierto en el muro una brecha que no estaba contemplada en el acuerdo de alto el fuego de 1991 ni en el acuerdo militar posterior, de 1998, firmados ambos por Marruecos y el Frente Polisario. El entonces secretario general de la ONU, Kofi Annan, se refirió en un informe<sup>2</sup> a la pretensión de Rabat de «comenzar a construir una carretera asfaltada en el ángulo suroccidental del Sáhara Occidental, a través de la zona de separación de cinco kilómetros, hasta penetrar en Mauritania cerca de Nuadibú». El mismo informe recogía que tanto el representante especial de Annan en aquel momento, William Eagleton, como el responsable de la Minurso (Misión de Naciones Unidas para el Referéndum del Sáhara Occidental),<sup>3</sup> general Claude Buze, «advirtieron a sus contactos civiles y militares marroquíes de que la propuesta de construcción de la carretera (...) entrañaba actividades que podrían constituir violaciones del acuerdo de alto el fuego».

A pesar de estos avisos, el 14 de agosto de 2016 un puñado de peones camineros e ingenieros marroquíes, escoltados por gendarmes armados, cruzaron el muro y comenzaron a asfaltar la pista. El Frente Polisario protestó ante la ONU, pero el Consejo de Seguridad hizo exactamente lo mismo que está haciendo ahora: mirar hacia otro lado. Los saharauis enviaron entonces a sus soldados para bloquear el avance marroquí. El propio Brahim Gali, vestido con uniforme militar, se trasladó a la zona para dejar claro que el despliegue de sus hombres no era una bravata. Marruecos se retiró a regañadientes

2. Informe S/2001/398.

3. La Minurso fue creada en 1991 para supervisar el alto el fuego entre Marruecos y el Frente Polisario y para organizar un referéndum de autodeterminación en el Sáhara Occidental.

cuando ya había asfaltado un kilómetro y medio de carretera, pero continuó fomentando el comercio a través de la pista.

Lo que ocurre ahora es una prolongación de aquel episodio. El 21 de octubre de 2020, un grupo de hombres y mujeres saharauis cortaron con piedras y neumáticos el tráfico en el lugar. En el asfalto escribieron: «Stop» y, en español, «No a la brecha de Guerguerat». Cerca del lugar se desplegó una unidad de policía del Frente Polisario. Las autoridades saharauis declararon que estaba allí para proteger a los civiles que se manifestaban.

Era cuestión de tiempo que Rabat reaccionara. El Frente Polisario debía de esperarlo, porque cuando el 13 de noviembre tropas del ejército marroquí atravesaron el muro por tres puntos para desalojar a los manifestantes, los policías saharauis no dudaron: los subieron rápidamente a sus vehículos y se los llevaron lejos. En el tiroteo que saharauis y marroquíes entablaron no hubo muertos, pero el alto el fuego de 1991 quedó roto. Al día siguiente, Brahim Gali declaró el estado de guerra y las baterías del Frente Polisario abrieron fuego contra varios puntos del muro marroquí. El conflicto, como un dinosaurio viejo y polvoriento, había despertado.

Los estampidos de los cañones precedieron a un anuncio del entonces todavía presidente de Estados Unidos. Donald Trump publicó un tuit en el que afirmaba que su país reconocía la soberanía de Marruecos sobre el Sáhara Occidental a cambio de que Rabat estableciera relaciones diplomáticas con Israel. Varios Estados —gran parte de ellos, dictaduras árabes de Oriente Medio— anunciaron la apertura de consulados en El Aaiún y Dajla, las principales ciudades del territorio ocupado. Por el contrario, el régimen de Argelia, país que acoge los campamentos de refugiados saharauis, rechazó tajantemente la

declaración de Trump: «El conflicto del Sáhara Occidental es una cuestión de descolonización que solo se puede resolver mediante la aplicación del Derecho Internacional». Vladimir Putin también dejó ver su interés en el conflicto. La temperatura bélica ascendía rápidamente.

Sin embargo, la ONU permanecía paralizada. Todo lo que su secretario general, António Guterres, logró en los tres primeros meses de conflicto fue que el rey de Marruecos, Mohamed VI, le cogiera el teléfono para asegurarle su compromiso en mantener el alto el fuego que él mismo había roto tres días antes. Desde entonces hasta el momento de escribir estas líneas, silencio.

Hace 30 años que la ONU tiene desplegada en el territorio la Minurso, con cinco bases a cada lado del muro, pero su página web ni siquiera recoge la ruptura del alto el fuego. Los proyectiles que disparan ambos contendientes deben pasar literalmente sobre las cabezas de los cascos azules, pero la Minurso se mantiene en silencio. En cuanto a su misión original, la celebración de un referéndum de autodeterminación «libre y justo» en enero de 1992, fue enterrada hace mucho tiempo. En 2001 fui enviado por mi periódico para cubrir la primera visita de Mohamed VI al territorio. Lo primero que hice fue acudir al cuartel general de la organización en El Aaiún para informarme de sus avances respecto a la consulta, que había sido demorada por Rabat una y otra vez. Allí me enteré con asombro de que la misión había dejado de trabajar en el censo electoral y lo había guardado en unos baúles. Desde entonces, la Minurso se olvidó del referéndum.

El estallido de la guerra es un descomunal fracaso de Naciones Unidas. Año tras año, desde 1991, la organización ha venido haciendo concesiones a Rabat, que ha boicoteado los esfuerzos de los enviados especiales de

los sucesivos secretarios generales: James Baker, Álvaro de Soto, Peter van Walsum, Christopher Ross y Horst Köhler. Baker, que también fue secretario de Estado de EE.UU., mostró hace unos días su rechazo a la decisión de Donald Trump de reconocer a Marruecos su soberanía sobre el Sáhara Occidental «negociando cínicamente los derechos de autodeterminación del pueblo saharauí». Lo mismo hizo el también estadounidense Ross: «La decisión de Trump es contraria a los compromisos de EE.UU. y empuja a la región hacia la tensión y la inestabilidad», declaró. Tanto ambos como los demás enviados especiales acabaron dimitiendo, hartos de las maniobras marroquíes. El último, el ex presidente alemán Horst Köhler, alegó en mayo de 2019 motivos de salud. Desde entonces, el puesto permanece vacante.

Silencio. Olvido. Fracaso.

No parece que al Frente Polisario le quedara otra opción que volver a la guerra. No parece que esta sea su última batalla.

T. B., enero de 2021